La acequia del jueves

Guion original de drama realista · Shyvirelle · 4 intérpretes · 12–15 min orientativos

Reparto y puesta en escena

TERESA. Agricultora. Su familia tiene asignado en el acuerdo vecinal el turno del jueves. Serenidad firme; no es una antagonista.

INÉS. Agricultora. Una parte de sus plantas jóvenes corre riesgo esta semana. Propone alterar el turno ajeno.

BRUNO. Vecino encargado de conservar el cuaderno con los turnos acordados. No es autoridad legal ni árbitro infalible.

MARA. Agricultora de otra parcela. Viene a observar y ayuda a encontrar una salida limitada.

(Representación orientativa: 12 a 15 minutos, con pausas y silencios. Lugar: un espacio despejado a la orilla de una acequia, sin agua visible. Una sola reunión en tiempo continuo. Utilería: un cuaderno y dos cubos vacíos. No se añade herramienta, agua real, teléfono ni mobiliario. Dos cubos separados en el suelo marcan parcelas distintas. El cuaderno lo sostiene Bruno. Los intérpretes pueden mantener siempre visibles sus rostros. Las voces no necesitan alzarse para representar el desacuerdo.)

Escena única. El jueves todavía no llega

(Al comienzo, TERESA está junto al cubo del lado izquierdo. INÉS permanece junto al de la derecha. MARA escucha un poco atrás. BRUNO tiene el cuaderno abierto. Los cuatro son adultos.)

BRUNO. Voy a decir lo que está escrito y nada más. El jueves aparece el nombre de Teresa. Eso quedó acordado en la reunión de antes de la sequía.

INÉS. Hace cuatro semanas todavía había agua para esperar.

TERESA. También para mí. Lo escribimos porque no queríamos empezar cada jueves discutiendo en este mismo sitio.

INÉS. Mis plantas no llegan al viernes, Teresa.

TERESA. Las mías tampoco están como para una fiesta.

MARA. ¿Se han visto las dos parcelas esta mañana?

INÉS. La de Teresa sí. Pasé por el camino.

TERESA. ¿Y entraste?

INÉS. No. Desde el camino se ven las hojas. Las tuyas al menos están tiesas.

TERESA. Desde el camino no se ve la tierra debajo.

(INÉS mira su cubo vacío. BRUNO cierra el cuaderno con un dedo entre las hojas.)

BRUNO. Traje los turnos para recordar lo que dijimos. No para hacer de juez.

INÉS. Pues recordar no va a llenar ninguno de estos cubos.

MARA. Eso es verdad. Pero tampoco los llena cambiar un nombre en voz alta.

INÉS. No estoy pidiendo que lo cambien para siempre. Solo este jueves. Después podemos volver a lo de antes.

TERESA. El «después» no me llega a mí. Solo me toca el jueves, como a ti te tocó el martes pasado.

INÉS. El martes corría un hilo. Ahora ni eso.

TERESA. Lo sé. Fui a mirar.

INÉS. Si lo sabes, ¿por qué no me lo prestas?

TERESA. Porque lo llamas «prestar» antes de preguntarme qué me falta. No sabes si voy a tener algo que dar. Y si no viene agua, ¿qué turno te llevas?

(Silencio. MARA se acerca a un cubo, se detiene antes de tocarlo.)

MARA. Aquí hay dos cubos vacíos. Podemos pasarnos uno al otro y seguirán vacíos. Quizá estamos hablando de un agua que todavía no hemos visto.

INÉS. Pero si llega, ella la tendrá primero.

TERESA. Si llega, sí. Si llega poco, tendré que decidir qué salvar de mi parcela. Esa decisión es mía para este jueves, igual que fue tuya el martes.

INÉS. Mi decisión del martes fue mirar el fondo de la acequia.

BRUNO. No puedo anotar un turno nuevo como si los demás lo hubieran aceptado. Hay vecinos que no están hoy. Lo único que sé es lo que dice el cuaderno.

INÉS. Entonces el cuaderno pesa más que las plantas.

BRUNO. No. Es que no quiero que mañana alguien descubra que firmamos por él.

(TERESA cambia el peso de un pie a otro. No se aparta del cubo.)

TERESA. Inés, si yo dijera que sí solo para que dejáramos de mirarme, ¿te serviría de verdad?

INÉS. Me serviría que alguien hiciera algo.

TERESA. Eso no responde.

INÉS. No sé si llegaría agua. Sé que no puedo quedarme esperando.

MARA. Eso sí lo podemos tomar en serio: no quedarnos esperando. No es lo mismo que quitarle el jueves a otra casa.

INÉS. Hablas como si tu parcela estuviera a salvo.

MARA. La mía está seca. Por eso no quiero venderte una promesa. Ayer moví tierra alrededor de unos tallos para que no se fueran al suelo. Hoy tengo las manos cansadas y mañana seguirán secas.

(INÉS levanta la vista; el cansancio de MARA no es una prueba contra el suyo.)

INÉS. Perdona. No sabía que estabas así.

MARA. Tampoco me lo habías preguntado.

BRUNO. Podemos parar aquí. Volvemos cuando pase el jueves.

INÉS. Para mí eso es no decidir.

TERESA. Para mí es decidir sobre mi turno sin mi voz.

BRUNO. No era eso lo que quería decir.

INÉS. Entonces escucha lo que sí digo: si el jueves entra agua, aunque sea un rato, necesito una oportunidad. Si no entra, necesito ayuda para pasar la semana. No estoy pidiendo que mis plantas valgan más que las tuyas.

TERESA. Hace un momento sí pediste mi jueves.

INÉS. Sí. Me equivoqué al decirlo como si estuviera disponible. No retiro la necesidad.

(MARA acerca despacio el cubo de INÉS hacia el centro, sin tocar el de TERESA. El gesto no representa verter agua.)

MARA. ¿Qué tarea de tu parcela necesita manos y no agua, Inés?

INÉS. Las plantas más pequeñas quedaron muy juntas. Si separo las que puedo mover y preparo sombra con lo que ya tengo allí, quizá algunas aguanten. Sola no termino antes del calor.

TERESA. ¿Tienes con qué cubrirlas?

INÉS. Sí. Las cubiertas están en mi casa. No he conseguido extenderlas. Si las colocamos temprano, las plantas tendrán sombra antes de que apriete el calor.

BRUNO. Yo puedo ir mañana temprano. Esta semana no tengo que estar en mi parcela hasta media mañana.

MARA. Yo también. Podemos empezar por las filas del extremo y parar si el suelo está demasiado seco para mover una planta sin dañarla.

INÉS. No salvará toda la siembra.

MARA. No. Pero sabremos cuáles resistieron y cuáles no. Eso es mejor que fingir que tenemos un turno con agua asegurada.

TERESA. Yo no puedo ir temprano. Mi madre necesita que me quede en casa hasta que vuelva mi hermano.

INÉS. No te estoy pidiendo que vengas.

TERESA. Escúchame, ahora yo. Puedo ir al atardecer y revisar contigo la parte que da sombra al muro. No moveré plantas si el suelo está duro. Tal vez sirva para la siguiente noche.

INÉS. ¿Harías eso aunque no cambiemos el jueves?

TERESA. Sí. Pero quiero poder decir que no al cambio de turno sin que signifique que deseo que pierdas la cosecha.

(INÉS permanece quieta. Mira, por primera vez, a TERESA sin medir la distancia entre los cubos.)

INÉS. Nunca pensé que desearas eso. Me asustó quedarme sola con el problema. Te convertí en la persona que podía arreglarlo.

TERESA. No puedo.

INÉS. Ya lo sé.

BRUNO. Entonces tenemos una ayuda concreta para mañana. Pero todavía falta hablar del jueves.

MARA. Podemos distinguir entre lo que cada casa decide y lo que averiguamos juntos. Si entra agua, que Teresa pueda ver primero cuánta hay. No tiene sentido negociar por adelantado una cantidad que no conocemos.

INÉS. ¿Y si sí alcanza para algo más después de lo que ella necesite?

TERESA. Puedo avisarte. No puedo prometerte un caudal ni un reparto para los que no están. Pero si veo que después de atender lo mío queda una posibilidad que podamos consultar con los demás, no me quedaré callada.

BRUNO. Eso puedo transmitirlo como una propuesta que se hablará con las otras familias. No lo escribiré como cambio cerrado.

INÉS. ¿Cuándo hablamos con ellas?

BRUNO. Hoy al caer la tarde, si podemos reunirlas; si no, mañana. No pondré el cuaderno en lugar de su voz.

MARA. Y esta tarde revisamos la acequia desde los caminos, sin entrar a propiedades ajenas ni tocar compuertas. Saber qué sucede de verdad nos ayudará a no inventar explicaciones.

TERESA. Eso sí lo podemos hacer los cuatro.

(INÉS se arrodilla junto a su cubo. Lo levanta apenas, comprueba que no pesa nada y lo deja donde estaba.)

INÉS. Me da vergüenza que todo esto haya empezado por un cubo vacío.

MARA. Empezó por una semana seca.

INÉS. Por una semana seca y por haber dicho «dame tu jueves» como quien pide una silla.

TERESA. A veces la desesperación acorta las palabras. Pero también puede quitarle el turno a otro si nadie la detiene.

BRUNO. Tengo el cuaderno abierto en la página del jueves. No se borró nada.

INÉS. ¿Te alivia?

BRUNO. Me alivia no haber escrito un acuerdo que no existe.

MARA. Quédate con eso. Bruno y yo iremos a ayudar a Inés por la mañana.

TERESA. Y yo iré al atardecer.

MARA. Tres, entonces. Con horarios distintos.

INÉS. Y sin garantizar que las plantas vivan.

TERESA. Sin garantizarlo.

BRUNO. Ni que mañana traiga agua.

INÉS. Ni eso.

(Los cuatro miran los cubos. Después BRUNO cierra el cuaderno, sin gesto solemne.)

BRUNO. ¿Nos encontramos en el camino al atardecer?

TERESA. Sí. Mi turno sigue siendo el jueves. Lo que podemos compartir no tiene que estar escrito en ese renglón.

MARA. Empecemos por caminar juntos hasta donde se ve la acequia.

(INÉS toma uno de los cubos. TERESA toma el otro. No se los intercambian; los llevan vacíos, cada una por su lado. BRUNO y MARA avanzan a la misma altura. Salen los cuatro. Luz a negro.)